

La provincia de Buenos Aires en la historia y en la historiografía	9
<i>Juan Manuel Palacio</i>	

Tomo I

Introducción	41
<i>Hernán Otero</i>	

Primera Parte. Historia ambiental

Capítulo 1: Breve historia geológica y climática	51
<i>Cristian M. Favier Dubois y Marcelo A. Zárate</i>	
Capítulo 2: La pampa como ecosistema, siglos XVI-XIX	79
<i>Juan Carlos Garavaglia</i>	
Capítulo 3: La dinámica ambiental desde fines del siglo XIX.....	113
<i>Carlos Reboratti</i>	

Segunda Parte. El crecimiento demográfico en el largo plazo

Capítulo 4: El tamaño y el crecimiento de la población desde la Conquista hasta 1870.....	143
<i>Gladys Massé</i>	
Capítulo 5: La población entre 1870 y 2000: una dinámica demográfica diferente	173
<i>Alfredo E. Lattes y Gretel E. Andrada</i>	

Tercera Parte. Poblaciones

Capítulo 6: Las poblaciones prehispánicas	211
<i>Gustavo G. Politis</i>	
Capítulo 7: Las poblaciones indígenas, desde la invasión española hasta nuestros días	249
<i>Daniel Villar</i>	
Capítulo 8: La población “negra”, desde la esclavitud hasta los afrodescendientes actuales	279
<i>Marta B. Goldberg</i>	
Capítulo 9: El ciclo de la inmigración	309
<i>Mariela Ceva</i>	
Capítulo 10: La población rural	337
<i>Rodolfo Bertoncello</i>	
Capítulo 11: La conformación histórica del sistema urbano	365
<i>Santiago Linares y Guillermo Velázquez</i>	
Colaboradores	401

La provincia de Buenos Aires en la historia y en la historiografía

Juan Manuel Palacio

Hablar del lugar central que tuvo la provincia de Buenos Aires en la historia y en la historiografía argentinas es, de alguna manera, hablar de lo obvio. Su lugar prominente y protagónico en todos los eventos decisivos de nuestra historia nacional, al igual que el que conserva en todos los relatos que se han escrito sobre nuestro pasado, casi no necesita nuevas fundamentaciones.

Sin embargo, tal tarea de síntesis no es del todo ociosa, en particular en una obra como la que se inicia con este trabajo. La historia de la Argentina se escribió en gran medida con la vara de Buenos Aires (ciudad y provincia) e, inversamente, la de la provincia de Buenos Aires fue escrita con la vara de la nación. Y si lo primero marcó a fuego la historiografía nacional, imprimiéndole un sesgo interpretativo muy notable, lo segundo afectó en forma decisiva a la historiografía de la provincia, haciendo difusa su identidad, débil su consistencia y escasos sus temas propios, dándose la paradoja de que a la provincia más importante del país le ha sido difícil escribir su historia de una manera distinta y contundente.

Este simple señalamiento plantea un dilema, que es el que recorre todos los volúmenes de esta obra colectiva. Escribir la historia de la provincia de Buenos Aires, como historia provincial –valga la redundancia–, implica escribir a contracorriente, violentando el sentido común, tratando de separar lo que parece inseparable o lo que siempre fue considerado una sola cosa. Se trata de escribir una historia provincial con los propósitos y objetivos que han inspirado otras historias “subnacionales”, del país o del exterior. Esto es, adoptando una mirada del pasado nacional descentrada, desde la relativa distancia del ámbito provincial, que permita advertir los matices (o grandes diferencias) que los

procesos nacionales adoptaron allí, testear sus alcances, comprobar sus límites o interpretar sus diferentes significados. Y esta simple operación, cuyos frutos han sido probados con éxito para otras experiencias, implica para el caso de la provincia de Buenos Aires un esfuerzo adicional, un desafío particular.

Este ensayo tiene como propósito desplegar la historia de ese dilema a través de dos apartados bien definidos. El primero propone un recorrido por aquellos procesos más destacados que hicieron de la provincia un actor insoslayable de nuestra historia nacional. Se trata de identificar esos momentos y procesos específicamente bonaerenses que la han marcado, desde los tiempos mismos del descubrimiento del Río de la Plata hasta el presente. El segundo apartado se concentrará en la historiografía, esto es, en las historias existentes de la provincia de Buenos Aires hasta hoy, sus condiciones de producción, contenidos y características. Inevitablemente entonces se detendrá con algún detalle en el único gran emprendimiento que se ha hecho hasta ahora de escribir tal historia en el pasado (la *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos* de Ricardo Levene, publicada en los años 1940 y 1941) y en las diferentes formas en que la historiografía más reciente (la que se inicia en la última transición democrática y llega hasta hoy) abordó distintos aspectos del pasado provincial, contribuyendo a través de múltiples indagaciones monográficas a la reconstrucción de su historia.

LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES EN LA HISTORIA ARGENTINA

Buenos Aires fue primero puerta y puerto. Un paso del Atlántico hacia el interior de las Indias que lentamente fue ganando importancia propia desde las primeras exploraciones de los europeos, en la primera mitad del siglo XVI. Antes que eso, desde el inicio de la ocupación humana de la región, lo que hoy constituye el territorio de la provincia había sido la morada ocasional de grupos de indígenas nómadas cazadores-recolectores, en particular en ciertos puntos concretos del territorio como las sierras de Tandil.

La región de Buenos Aires no fue la zona de poblamiento inicial del Río de la Plata, ya que el interés de los conquistadores residía en

las minas de metales preciosos que finalmente hallaron en los Andes. En esos inicios, la parte nuclear de lo que luego fue la Argentina se concentraba por lo tanto en zonas aledañas al centro minero de Potosí, que ya formaba parte, antes de la llegada de los españoles, del camino del Inca: una ruta bien trazada desde el norte de la actual provincia de Córdoba hacia el Cuzco, la capital del Imperio incaico. Santiago del Estero (madre de ciudades), Tucumán, y, al sur, Córdoba fueron entonces los centros urbanos más antiguos y crecieron al calor del dinamismo potosino. Más al este, Asunción (la otra madre de ciudades del Plata) había sido elegida como núcleo del poblamiento y conquista, también en busca del preciado metal, aunque por otro derrotero.

Pero aunque el área de Buenos Aires no estuvo originalmente en el centro del interés de los españoles, y se encontraba en una lejana periferia de los centros neurálgicos coloniales, la idea de fundar una ciudad-puerto en esa zona fue tomando cuerpo a lo largo de los años por tres razones fundamentales: la posición estratégica que el lugar tenía como punto de comunicación entre el mundo atlántico y las rutas de acceso a diferentes puntos de las colonias (hacia Cuyo y Chile por el oeste; hacia el Paraguay por el río Paraná y hacia Córdoba y todo el camino real hasta Potosí por el noroeste); la potencialidad que esa posición privilegiada tenía para el comercio, brindando un acceso mucho más directo a esos destinos que el que requería el largo camino obligado del sistema de flotas y galeones; y su posición estratégica para la defensa de los confines australes del Imperio español, que permitía el control de la navegación del Paraná y la defensa de un territorio hasta entonces desguarnecido.

Sobre estas tres razones entrelazadas se edifica la temprana historia social y económica de Buenos Aires, el crecimiento del puerto y la ciudad y la evolución institucional de la región dentro del sistema político y administrativo de la dominación colonial. En el primer medio siglo (de la fundación de la primera ciudad efímera a la segunda y definitiva) va cobrando fuerza en distintos confines del Imperio la idea de fundar una ciudad en la puerta del Río de la Plata sobre las ruinas de la anterior, que reuniera esas cualidades, cosa que va a concretarse en la confluencia –y el conflicto– de dos expediciones provenientes de lugares geográficos y político-administrativos diferentes. Finalmente, es

la de Juan de Garay, proveniente de Asunción y Santa Fe, la que saldrá triunfante, fundando la ciudad actual en 1580.

La nueva ciudad nacía dentro de la jurisdicción del Virreinato del Perú —que tenía su sede político-administrativa en la lejana Lima— y dependía, más cercanamente, de la Gobernación del Paraguay, que tenía sede en Asunción. En materia judicial, dependía a su vez de la Audiencia de Charcas, ciudad administrativa vecina a Potosí. Pero en las décadas siguientes a esa fundación definitiva, el crecimiento de la ciudad comenzó a opacar el de sus vecinas y Buenos Aires fue ganando preeminencia como centro de gravedad de toda la región, desplazando a Asunción como eje del mundo rioplatense. El resultado fue la decisión de la Corona, en 1617, de convertir a la ciudad en capital de una nueva gobernación, la de Buenos Aires, en un acto que sellará para siempre la vocación capitalina de la ciudad. En el siguiente medio siglo, la cabeza de la nueva gobernación iba a tener también su propio obispado y una efímera Audiencia, a la vez que iba a albergar guarniciones militares cada vez más importantes.

La ciudad había crecido por las mismas razones que habían llevado a su fundación: la posición privilegiada del puerto que hizo del comercio internacional una actividad de potencial ilimitado. Ya fuera dentro del circuito legal que permitían ocasionales permisos especiales de la Corona o, fundamentalmente, fuera de él, en un mucho más importante comercio de contrabando, la actividad comercial prosperó al calor del intercambio de dos productos de gran valor: la plata y los esclavos. Una y otros encontraban en la ruta porteña una vía de circulación mucho más conveniente —y menos onerosa— que la que permitía el sistema monopolístico de comercio a través de Lima. Ese comercio legal e ilegal es el lubricante para el crecimiento de la ciudad, sus habitantes y un cada vez más rico sector mercantil, que se desarrolla al calor de esas oportunidades. También prospera la campaña circundante, no sólo por las oportunidades que otorga la demanda de alimentos de una ciudad que crece a ritmos acelerados, sino también por las que otorga ese mismo puerto para la exportación de productos pecuarios —sobre todo, cueros— tanto de la campaña cercana como de otras regiones más lejanas, como el litoral o la Banda Oriental.

El crecimiento de la ciudad en el siglo y medio siguiente no tiene pausa. La creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776 de manos de los Borbones, como parte de una vasta reforma político-administra-

tiva de sus dominios, marca el punto culminante de la centralidad de la región y su capital en el mundo colonial hispanoamericano. Desde el punto de vista administrativo, Buenos Aires pasó a ser entonces una de las cuatro ciudades más importantes de ese mundo colonial, sede de un virrey, la Audiencia, las más altas autoridades eclesiásticas y una importante guarnición militar. Desde el punto de vista económico, social y demográfico, Buenos Aires a estas alturas ya había superado en importancia a las otras grandes ciudades de la antigua gobernación y había desarrollado, además de su importante clase de comerciantes criollos, una economía rural considerable y variada. Tanta actividad, por otra parte, había provocado un acelerado aumento demográfico, producto del crecimiento vegetativo, pero fundamentalmente de las migraciones, las externas de España –pero también de Brasil, Inglaterra y Francia– y las internas de las regiones interiores que se iban opacando frente al brillo de la prosperidad porteña.

La combinación de estas circunstancias y procesos hace que, en momentos de la revolución de mayo de 1810, Buenos Aires ya fuera la ciudad más grande del futuro país, la más poblada y rica, y su zona de influencia (o *hinterland*) concentrara también la riqueza más importante, con la que sólo podían competir la ganadería litoral y de la Banda Oriental. También era la ciudad del Virreinato en la que, por su posición político-administrativa, más iba a repercutir la crisis de la monarquía hispánica. En efecto, si en todos los rincones de sus dominios el descabezamiento de la Corona por la invasión francesa en 1808 había generado una crisis de legitimidad de las autoridades coloniales en América, esta crisis se hacía más aguda en lugares donde, como en Buenos Aires, se convivía con la presencia física de esas autoridades –virrey, audiencia, oficialidad militar, jerarquía eclesiástica–. A esto se sumaba la presencia en la capital de corporaciones criollas (burócratas de la administración colonial, comerciantes, militares, obispos y sacerdotes), con intereses propios y consolidados a lo largo de los siglos, que constituían una verdadera clase dirigente con vocación política bastante definida. Finalmente, las invasiones inglesas primero y los acontecimientos que se abren inmediatamente con la crisis de la monarquía revelaron la existencia de otro actor hasta entonces silencioso –el “bajo pueblo”– con una gran capacidad de movilización (a través de la milicia, o manifestando en las calles

de Buenos Aires) y de injerencia en el mundo político cuya apertura se insinuaba.

Por todo esto, Buenos Aires, su pueblo y sus clases dirigentes, estaba llamada a cumplir un rol decisivo en el proceso de independencia, que tiene a la ciudad como uno de sus epicentros. Con la experiencia de las invasiones inglesas, que había movilizó política y militarmente a buena parte de la población, la ciudad y la campaña de Buenos Aires proveen buena parte de la dirigencia revolucionaria —se da en la ciudad uno de los primeros cabildos abiertos, que resultan en la renuncia del último virrey— así como de la oficialidad y las tropas de los ejércitos que van a combatir las guerras de independencia en diversos puntos del antiguo virreinato y más allá.

Sin embargo, si bien su diferencial poderío económico y demográfico y su indiscutible rol protagónico en el proceso revolucionario daban a Buenos Aires poderosos argumentos para aspirar a ser el centro de gravedad de cualquier futura organización política, eso no la convertía automáticamente en la capital de un hipotético país, cuya configuración, a esas alturas, nadie podía imaginar. De hecho, estas dos circunstancias combinadas —sus evidentes ventajas relativas y su fundada vocación a convertirse en la capital de la futura organización política como ya lo había sido de las del pasado— van a estar en la base de sangrientas luchas civiles luego del fin de la guerra de independencia, desde la década de 1820 y hasta la derrota definitiva frente a las fuerzas de la nación en 1880.

La provincia y la organización nacional

En efecto, la falta de acuerdo en la configuración y forma de gobierno de un futuro país unificado hizo que a principios de la década de 1820, en vez de un país, las ciudades —esas entidades políticas a las que se habían reducido las antiguas jurisdicciones político-administrativas coloniales— decidieran conformar provincias soberanas con tierras de sus áreas de influencia. La de Buenos Aires, creada en 1820, nacía a la vida política con abrumadoras ventajas (económicas, demográficas, político-estratégicas) sobre sus pares, que podrían resumirse a su carácter de ciudad-puerto con la llave de acceso al comercio mundial y a los po-

derosos recursos fiscales de la aduana. Esto le daba nuevos bríos en su disputa por el liderazgo regional e interprovincial, como quedó a la vista durante el orden federal, centrado en Buenos Aires, que logra sostener el gobernador porteño Juan Manuel de Rosas durante más de dos décadas.

Claves de la preeminencia de Buenos Aires durante el largo período rosista serán, en efecto, el mencionado aprovechamiento de los inagotables recursos de la aduana y la expansión continuada de la explotación económica de la campaña, algo que había posibilitado la política del gobernador bonaerense con el indio, que resultó en una “pacificación” –además de una ampliación considerable– de tierras productivas. La ganadería vacuna para la producción de cueros, sebo y carne salada para la exportación provee así a la economía de Buenos Aires invalorable recursos adicionales en una frontera que parecía no tener fin. Por último, son el poderío y la eficiencia del ejército provincial, en gran medida compuesto por milicias rurales, los que sostienen la “paz” rosista, que hace de Buenos Aires el eje del orden interprovincial hasta mediados del siglo XIX.

Pero el sostenimiento de este orden *de facto*, basado en siempre frágiles *ententes* militares con otras provincias y –al interior de la de Buenos Aires– en la exclusión de la oposición política, estaba destinado a terminar también de forma violenta. Como es sabido, va a ser la oposición a Rosas, portadora además de un proyecto nacional, la que, aliada con poderosos enemigos del gobernador porteño dentro y fuera del país, organice una expedición militar que terminará con su gobierno en 1852.

El fin del período rosista reinstala el problema de la organización política, así como la discusión sobre el liderazgo de Buenos Aires en la nueva nación. En efecto, la derrota de Rosas –que es también la de Buenos Aires– marca el inicio del proceso de construcción de un país unificado, lo que exigía la construcción de consensos en torno de una Constitución, de la forma de un gobierno central y de la definición de una capital del país y sede del gobierno nacional, debates todos en los que Buenos Aires debía participar ahora en igualdad de condiciones que las otras provincias.

Como es sabido, todo este proceso no se vivirá sin recelos en la provincia mayor y por el contrario encontrará poderosas resistencias en su

seno. En apenas diez años, dichas resistencias y disidencias provocaron una larga secesión (1852-1862), la primera reforma constitucional del país (1860) y todavía dos enfrentamientos militares más con las fuerzas nacionales, en los campos de Cepeda y Pavón.

Esta última batalla, un triunfo militar con el que Buenos Aires hace su ingreso definitivo a la nueva nación, fue, paradójicamente, también su derrota. En efecto, por los acuerdos posteriores, la provincia debió ceder a la nación desde entonces buena parte de sus recursos económicos (los de la aduana, principalmente), prestar su ciudad capital para servir de sede del gobierno nacional y, fundamentalmente, sepultar para siempre las veleidades autonomistas que sostenían sus líderes más extremistas, para conformarse al nuevo país.

Todas estas concesiones no socavaron, sin embargo, el lugar centralísimo de la provincia en la economía nacional. Todo lo contrario. Además de la tradicional actividad comercial de su puerto —que no había hecho otra cosa que crecer—, la verdadera riqueza había comenzado a generarse en el ámbito que iba a ser paradigmático de su desarrollo de allí en más: el sector rural.

Como quedó dicho, ya durante el gobierno de Rosas la frontera había logrado extenderse hasta el río Salado, protegida por una bien trazada línea de fortines, dentro de la cual estancieros como el mismo Rosas habían liderado una expansión considerable de la ganadería vacuna para la exportación. Pero a partir de la década de 1840 la campaña bonaerense comienza a especializarse en la producción de lo que iba a ser la principal exportación del país hasta el fin del siglo XIX: la lana. Gracias a una sostenida demanda proveniente de la revolución industrial europea, muchos ganaderos de la provincia —junto a otros inmigrantes europeos, sobre todo de Irlanda— comienzan a especializarse en la cría de ovejas, desplazando al ganado vacuno más hacia el sur, allende la línea de frontera. Lo que siguió fue una verdadera “fiebre del lanar”, que va a transformar la fisonomía de la campaña bonaerense, incorporando inmigrantes y trabajadores, configurando establecimientos productivos modernos, y, más importante aún, consolidando —y convirtiendo en definitivo— el liderazgo de la provincia de Buenos Aires en la economía nacional.

Esta expansión económica estaba en pleno despliegue durante los años de las primeras tres presidencias constitucionales, en que la ciu-

dad de Buenos Aires es, a la vez que la capital de la provincia homónima, sede del gobierno nacional. Esa circunstancia, que generaba todo tipo de roces y hasta agrias disputas entre las burocracias de ambos estados, pero también entre políticos autonomistas y nacionales, ponía una vez más a la provincia de Buenos Aires en un lugar central de la política nacional. El gobierno nacional y sus políticas emanaban de la ciudad de Buenos Aires, se discutían en sede de la principal provincia del país y parecían corresponderse bastante fielmente con los intereses de los bonaerenses, que eran los principales beneficiarios de las políticas nacionales.

En efecto, tres de ellas van a estar en la base de la espectacular expansión de la provincia durante el período siguiente: las concesiones a las compañías de ferrocarril, las campañas militares contra el indio y la política inmigratoria. La red del ferrocarril —que había comenzado a tenderse tempranamente en el país en la década de 1850 y va a crecer en forma explosiva e ininterrumpida en las siguientes— se concentra fundamentalmente en las tierras de la provincia. Las sucesivas campañas militares contra el indio, que culminaron con la ofensiva militar a gran escala de Roca en 1879, permitieron que la provincia incorporara una porción de territorio de dimensiones similares al que tenía hasta entonces, consolidando los límites actuales y duplicando la cantidad de tierras productivas. Por fin, los inmigrantes europeos —que ya habían comenzado a llegar con regularidad desde la cuarta década del siglo XIX pero que arriban masivamente desde la de 1890— elegirán la ciudad y provincia de Buenos Aires como su destino preferido, conformando la mano de obra de estancias y fábricas, así como gran parte de los agricultores de la campaña.

Es en la combinación de esos tres factores que se encuentra la clave de la espectacular expansión económica de la provincia de Buenos Aires en el período conocido como de “crecimiento hacia afuera”.

Corazón de la Argentina agroexportadora

Es, sin embargo, en las vísperas de esa explosión de crecimiento que la provincia de Buenos Aires se involucra en un nuevo conflicto con la nación del que va a resultar la pérdida definitiva de su más preciada jo-

ya –la ciudad-puerto–, cerrando así una disputa con el resto de la región que ya llevaba décadas. En efecto, la última derrota militar frente al ejército de la nación, en 1880, tuvo como su más nefasta consecuencia la decapitación de la provincia, que debió entonces procurarse nueva capital política y administrativa. La ubicó más al sur, junto al puerto de Ensenada, y la bautizó con el nombre de La Plata, en 1882.

La pérdida de la ciudad a manos de la nación hizo que la relación entre la provincia de Buenos Aires y el país –y en particular su flamante capital–, sin dejar de ser estrecha, cambiara para siempre. Por un lado, la política provincial dejó de estar tan compenetrada con la nacional –y viceversa– y la clase política bonaerense, ahora en La Plata, si bien no abandonó nunca su fuerte arraigo porteño, tuvo que aceptar desde entonces –aunque desde un mirador más cercano dada su proximidad geográfica– el rol de espectadora de la política mayor reservado al resto de las dirigencias provinciales. Por otro lado, la ciudad de Buenos Aires –ahora también convertida en importante distrito electoral– será como en el pasado el escenario principal de la política nacional. Es en un mitin organizado en una de sus plazas que surgirá en 1890 el nuevo partido político que iba a cambiar el rostro de la Argentina del Centenario: la Unión Cívica Radical.

Por otro lado, la preeminencia demográfica y económica de la provincia también estuvo desde entonces más disputada, porque la ciudad de Buenos Aires se llevó consigo, junto con la actividad económica del puerto, sus recursos y la actividad comercial y de servicios que giraba en torno de ella, buena parte de la población. También iba a competir –y con bastante éxito– por los migrantes –los del exterior y los internos– y por la inversión extranjera, ambas cosas que por entonces fluían generosamente hacia estas regiones.

A pesar de todo, la primera mitad del siglo XX siguió teniendo a la provincia de Buenos Aires en el lugar central de la economía y la sociedad del país. Como quedó dicho, buena parte del espectacular crecimiento de la Argentina agroexportadora se generó en tierras bonaerenses. Luego del ciclo lanar, su sector rural sufrió otra transformación no menos espectacular que la anterior: incentivada por las circunstancias combinadas de la expansión de la frontera, el crecimiento explosivo de la red de ferrocarril, la inmigración de miles de agricultores y trabajadores rurales y la instalación de frigoríficos, la provincia transformó en

pocos años su estructura productiva asignando muy eficientemente recursos de manera de configurar zonas productivas específicas, desde estancias de cría e invernada de ganado de alta calidad hasta chacras de diverso tamaño para la producción de maíz y trigo, pasando por establecimientos variados para la producción mixta de carnes y cereales. Como resultado, Buenos Aires se convirtió desde los comienzos del período de la gran expansión agropecuaria pampeana en la década de 1890 en el motor del crecimiento agroexportador de la Argentina, concentrando el grueso de la producción de ganado refinado de exportación y conservando un lejano primer lugar en las superficies sembradas de los principales cereales –lugar prominente dentro de la economía nacional que ya no va a abandonar nunca–. También el grueso de la inmigración ultramarina, otro de los pilares de ese crecimiento explosivo, se instaló en tierras de la provincia, pasando a formar un buen porcentaje de la mano de obra de esa economía, pero también de sus agricultores (los “chacareros”), así como una parte nada despreciable del resto de los productores agropecuarios y comerciantes, contribuyendo además a la formación de los pueblos rurales de toda la provincia.

La meseta que se alcanza con el fin de la expansión horizontal de la producción agropecuaria a fines de los años veinte y luego la crisis de 1930, que golpeó duro a los productores rurales argentinos, si bien hace trastabillar la pujanza de este crecimiento no hace descender la preeminencia de la provincia en la economía nacional en términos relativos.

También para esos años, Buenos Aires ya había desarrollado su sector industrial y en particular en la zona que circundaba a la capital de la república, que iba a cobrar una gravitación decisiva en el mediano plazo. En efecto, una parte no despreciable de la industria que se había desarrollado en el período agroexportador lo había hecho en tierras de la provincia de Buenos Aires. Así, los establecimientos textiles y alimenticios, pero también los metalúrgicos, se habían desarrollado en distritos cercanos a la ciudad como Avellaneda, localidades que por lo mismo comenzaban a crecer fuertemente al calor de la actividad fabril. También la industria frigorífica se había localizado primordialmente en tierras de la provincia, los establecimientos más importantes en el Gran La Plata y otros cerca de puertos más lejanos, como Bahía Blanca.

El dinamismo social y demográfico –el vertiginoso crecimiento de la población y la movilidad social ascendente que permitió tanto en

la ciudad como particularmente en la campaña— tuvo repercusión directa en el mundo político. En efecto, la importancia electoral de la provincia de Buenos Aires se había hecho evidente desde muy temprano, cuando la ley Sáenz Peña aseguró el voto secreto y obligatorio y posibilitó la transparencia de las elecciones. Más allá de la conveniencia de siempre, para los gobiernos nacionales, de poder contar con un candidato afín en la gobernación de la provincia mayor, el peso de sus electores se había convertido ya desde entonces en decisivo para cualquier aspirante a la presidencia de la república. Así lo entendió apenas asumió su presidencia Hipólito Yrigoyen, que intervino la provincia para garantizar los apoyos electorales que sustentarían su gestión, como luego los gobiernos conservadores de la década de 1930, que debieron suprimir dicho libre juego electoral para neutralizar ese apoyo. Fraude “patriótico” mediante, ese predominio electoral de la provincia fue la clave para la hegemonía conservadora en el país durante esa larga década. En particular, también fue decisivo el que iba adquiriendo esa zona de la provincia que bordeaba la capital de la nación, que muy pronto se iba a convertir en el distrito electoral clave de todo el país. La influencia política y electoral que ejerció durante esos años el caudillo de Avellaneda Alberto Barceló, líder político del conurbano naciente, es el antecedente más claro de la importancia decisiva que muy pronto iba a tener ese conglomerado urbano de la provincia.

El último medio siglo

En efecto, buena parte del éxodo del campo a la ciudad que comienza a tomar cuerpo con la crisis de 1930 y se consolida con las políticas industrialistas de las décadas siguientes encuentra destino principal en esa franja urbana o periurbana que luego se conocerá como Área Metropolitana de Buenos Aires o sencillamente Gran Buenos Aires. Esa poderosa migración interna provenía no sólo de las áreas rurales de la propia provincia sino también, como siglos antes, de las provincias “interiores” del país, cuya población también acudía solícita a la demanda proveniente de los establecimientos industriales de Buenos Aires y sus alrededores.

De la mano de este verdadero conglomerado de ciudades, que con el tiempo se va uniendo en una única y extendida “mancha urbana”, la provincia de Buenos Aires, medio siglo después de haber perdido su ciudad capital a manos de la nación, parece tomarse con ella la revancha contundente que no había podido representar la fundación de La Plata. La “ciudad” con la que la provincia iba a competir con la capital de la nación –y a la que a poco de andar iba a superar en todas las mediciones– se edificó, sin planificación alguna, en las puertas mismas de Buenos Aires.

Primero fue el desarrollo más lento de algunas localidades, que ya se perfilaban como concentraciones urbanas e industriales en tiempos del desarrollo agroexportador; luego su crecimiento más acelerado en las décadas del treinta y cuarenta –lo que iba a derivar en su bautismo por decreto como “Gran Buenos Aires”, en 1948–; y finalmente su desarrollo explosivo a partir de los años sesenta, que hace que hacia el último tercio del siglo XX el conurbano concentre más de la mitad de la población de una provincia cuyos habitantes ya vivían en ámbitos urbanos en una abrumadora mayoría.

Como es sabido, además de los cambios que trajeron en la economía y la estructura social, estos fenómenos tuvieron su repercusión en la vida política de la nación. El crecimiento de la población urbana y, dentro de ella, el surgimiento de una clase obrera industrial habían hecho de la ciudad de Buenos Aires y los partidos vecinos el escenario privilegiado de la “cuestión social” y del surgimiento del movimiento sindical, desde las primeras décadas del siglo XX. Es sobre ese escenario principal, aceleradamente transformado por la concentración de población recién llegada en los años treinta y por el crecimiento del poder sindical y la movilización obrera que había generado el desarrollo industrial, que se va a desatar el fenómeno de masas del peronismo.

Y es nuevamente la provincia de Buenos Aires –y en particular los distritos cercanos a la ciudad– la que proveerá el sustrato principal de esos cambios que marcarán definitivamente la vida política del país. Porque si bien el escenario mítico de los orígenes del peronismo es la plaza central de la capital de la república, sus protagonistas principales fueron los habitantes de la provincia que se concentraban en los distritos linderos de la ciudad, que habían crecido al calor del crecimiento industrial de las décadas previas y de la migración interna.

El Gran Buenos Aires y el peronismo marcarán el paso de la vida política y electoral de la Argentina desde ese momento fundacional hasta el presente. En ese distrito –cuyo peso electoral supera a regiones enteras del país– se encuentra la llave de las elecciones nacionales de allí en más. Y eso convierte a los líderes políticos de esos partidos (los “barones del conurbano”) no sólo en pilares de la estructura partidaria del peronismo en la provincia mayor, sino en piezas clave del juego político nacional sin más.

Fuera de lo estrictamente electoral y partidario, el peso económico y demográfico del Gran Buenos Aires delinea el *locus* del poder real. Es allí donde se define, además de buena parte de las carreras de los dirigentes políticos del país, las de otros líderes sociales, cuya base de poder reside en el enorme potencial de movilización de esa población. Y así como la dirigencia sindical encontró su base más firme en el conurbano a partir de la segunda posguerra, así también los líderes de los nuevos movimientos sociales que surgen de la crisis del Estado y de la sociedad industrial de los años ochenta –organizaciones piqueteras, movimientos de desocupados– hallarán en esta población la base de su poder social y político.

De esta manera, al despuntar la segunda década del siglo XXI, la centralidad de la provincia de Buenos Aires en el país persiste como nunca. Su territorio es escenario privilegiado de la crisis argentina y sus contrastes. Por un lado, su interior rural, que como en el pasado proporciona el grueso de la soja –el principal producto de exportación de la Argentina de hoy–, puede exhibir sin pudor las riquezas que sigue generando la inagotable potencialidad de sus tierras. Por el otro, el Gran Buenos Aires, quizás con mayor crudeza y fidelidad que cualquier otra región del país, exhibe las consecuencias sociales de la crisis del Estado de los años ochenta y las políticas “neoliberales” de los noventa, con sus rostros más duros de desempleo, informalidad económica y marginalidad social.

LA HISTORIOGRAFÍA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Irónicamente, este lugar central que la provincia de Buenos Aires ha tenido a lo largo de la historia nacional no puede equipararse sin más a

su historiografía, es decir, a las historias que a lo largo de los años se han escrito de ella. Pese a la importancia tan decisiva que la provincia ha tenido en la historia del país, no han sido muchos los intentos de reconstruir su pasado de forma completa, aun en tiempos en que tales emprendimientos eran más usuales que hoy en día.

Las razones de esta paradoja hay que buscarlas en el fenómeno más general del centralismo de nuestra historiografía, que privilegió una lectura del pasado nacional fuertemente anclada en la experiencia de la ciudad (y la provincia) de Buenos Aires. Y si eso ha constituido un obstáculo para la posibilidad de escribir historias provinciales en general, parece haber sido para el caso de la de Buenos Aires particularmente poderoso, por la mencionada identificación de la historia provincial con la nacional como dos relatos inseparables. Dadas su cercanía geográfica y su imbricación profunda con la historia de la nación, la operación a la vez de descentramiento y de recuperación de la propia voz, necesaria en la reconstrucción de cualquier historia provincial, resulta para la de Buenos Aires muy trabajosa –y hasta artificiosa– y quizás por eso mismo se ha intentado poco y con resultados más magros que en otras provincias más alejadas del centro neurálgico de la capital de la república. Así, a la historia de la provincia de Buenos Aires se la ha supuesto, se la ha dado “por sentada”, lo que conspiró contra una investigación sistemática de su pasado.

Esto no significó, sin embargo, que no haya habido en absoluto investigaciones sobre su pasado o incluso emprendimientos más abarcadores. Este apartado se detendrá en dos momentos de nuestra historiografía del siglo XX, muy distintos entre sí. El primero es el de la concepción de un proyecto de historia general de la provincia madurado pacientemente en el ámbito institucional de La Plata en la primera mitad del siglo XX y encarnado en la figura de Ricardo Levene, que constituye una excepción significativa a esa regla general enunciada más arriba. El otro es ese momento de gran creatividad y productividad que representa la historiografía actual, hija del retorno a la democracia en 1983, que por caminos muy diferentes y variados también ha abordado el pasado provincial.

La “Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos”

La figura de Ricardo Levene se asocia estrechamente al nacimiento de nuestra historiografía científica. Desde muy joven participó en todos los ámbitos relevantes del quehacer académico y universitario de la Argentina del Centenario, en particular en aquellos que venían planteando desde fines del siglo anterior una renovación necesaria en nuestra historiografía, basada en el método científico. A poco de andar ya era la cabeza más visible de la Junta de Historia y Numismática –institución más antigua, creada por Bartolomé Mitre, pero conformada oficialmente con ese nombre en 1893– así como del grupo que Juan Agustín García bautizó en 1916 como “Nueva Escuela Histórica”, junto con Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari, Luis María Torres y Rómulo Carbia, entre otros.

Creador y presidente de la Academia Nacional de la Historia hasta su muerte en 1959 –institución en la que había convertido a la Junta en 1938–, Levene llevó durante años la voz cantante de nuestra historiografía, tanto en ámbitos universitarios y académicos como en las relaciones entre éstos y el Estado nacional y provincial. En efecto, Levene fue durante buena parte de su vida sinónimo de la historia oficial, canónica de la Argentina, así como de los roles que ocupaban los historiadores tanto en el mundo académico como en el más amplio de la vida pública en general. Y lo fue tanto por presidir la Academia como por ser el autor –en el sentido más cabal de esa palabra– de “la” historia de la Argentina de entonces, ese emprendimiento monumental que se concibió por primera vez a principios del siglo XX pero que sólo él concretará en los 14 volúmenes de la *Historia de la Nación Argentina*, publicados entre 1936 y 1950.

Pero fuera de esta obra más conocida, de carácter nacional, Levene dedicó gran parte de su vida, desde su centro de comando en el Archivo Histórico de La Plata, a la realización de un ambicioso proyecto de investigación, cuyo objeto era la reconstrucción del pasado de la provincia de Buenos Aires. El resultado más visible de ese proyecto es la publicación de la *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, en dos volúmenes aparecidos, respectivamente, en 1940 y 1941, que puede considerarse –así como la de la Academia para la na-

cional— la historia fundacional de la provincia de Buenos Aires y el único antecedente de abordar su pasado en forma integral existente hasta hoy.¹

Y sin embargo, más que un punto de llegada, esa publicación se ubica a mitad de camino de un proceso que se había iniciado antes y que, aunque con menos bríos, se prolonga hasta hoy. Dicho proceso, que lleva la marca de Ricardo Levene y su construcción institucional en el ambiente universitario y académico platense, se inicia con la creación del Archivo Histórico de La Plata en 1925 —que Levene impulsa y consigue siendo decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la universidad platense— por iniciativa del gobernador José Luis Cantilo, su compañero en la Junta de Historia y Numismática. Desde la dirección del Archivo, y junto a un grupo de discípulos de la Facultad de Humanidades y del Centro de Estudios Históricos de la universidad, que fueron conformando lo que se conoce como “escuela histórica platense” —el citado Carbia, Carlos Heras, Enrique Barba, Roberto Marfany, Luis Aznar, entre otros—, Levene proyecta un ambicioso programa de investigación perfectamente coherente con los principios de la Nueva Escuela, consistente en la búsqueda y recopilación sistemática de documentos y en el desarrollo de proyectos de investigación basados en esos nuevos repositorios.

El programa se desplegó a través de tres acciones paralelas íntimamente relacionadas. Por un lado, a través de la búsqueda, recolección y edición de repertorios documentales —entre los que destacan los de la Real Audiencia de Buenos Aires y los de la Honorable Junta de Representantes de la provincia— y de recensión de archivos provinciales como el de Luján. Por el otro, lanzando un emprendimiento editorial que iba a ser perdurable: la serie “Contribución a una historia de los pueblos de la provincia de Buenos Aires”, que en sus primeros años iba a reunir algunos trabajos más antiguos de colegas de Levene junto a otros que él mismo encargó a discípulos suyos de La Plata, pero que a poco de andar incorporaría también algunos escritos que eran fruto de la pluma de autodidactas locales, aficionados a la historia, coleccionistas o memoriosos, que Levene supo detectar y convocar a su proyecto.

La serie se inaugura en 1930 con el ensayo de Rómulo Carbia, *Los orígenes de Chascomús*, al que le siguen, en esta primera etapa y has-

ta 1938, otras quince monografías escritas por discípulos de Levene formados en la Facultad de Humanidades de La Plata, como Antonio Salvadores (*Ensayo sobre el pago de Magdalena y La federalización de Buenos Aires y fundación de La Plata; Olavarría y sus colonias*), o Guillermina Sors de Tricerri (*El puerto de Ensenada de Barragán, 1727-1865; Quilmes colonial*), junto a historiadores más experimentados como José Torre Revello (*Los orígenes y fundación de la Villa de San Antonio del Camino*) y otros autodidactas como Alfredo Yribarren (*El origen de la ciudad de Mercedes*), Alfredo Vidal (*Los orígenes de Ranchos*) o Adolfo Carretón (*Historia de San Nicolás de los Arroyos*).

Estas últimas monografías eran el fruto de la tercera línea de acción que desplegó Levene en su proyecto de reconstrucción del pasado provincial. Correspondían, en efecto, a los tres primeros premios del “Primer Concurso de Historia de los Pueblos” que había organizado en 1936, con motivo del décimo aniversario de la fundación del Archivo, para el que había conseguido apoyo y financiamiento de parte del entonces gobernador de la provincia, Raúl Díaz. El concurso era el resultado visible de la paciente y sistemática tarea de relevamiento de “historiadores de pueblo” –ese grupo de difícil definición que agrupaba a historiadores *amateurs*, escritores y cronistas, depositarios de la memoria local y animadores de la vida cultural de los pueblos– que habían venido realizando Levene y sus discípulos durante más de diez años, acercándose a las distintas localidades, haciéndose conocer a través del dictado de cursos o conferencias y alentando a los aficionados locales a acercarse al Archivo de La Plata. Muy en la tónica de la conformación ecléctica del grupo inicial de la Junta de Historia y Numismática, Levene sumaba el conocimiento –y los archivos– de estos historiadores locales a su proyecto, seleccionando los mejores para la serie de la “Contribución”. Los concursos se repitieron en 1947, en 1950 y, aunque más espaciados, también luego de la muerte de Levene en la década de 1960, proveyendo siempre material monográfico para esa tarea de reconstrucción tipo *puzzle* de la historia de la provincia a través de sus pueblos, que se había propuesto originalmente.



Portada de la primera edición de la *Historia de la provincia de Buenos Aires...*, de Ricardo Levene.

Con el material resultante de estas tres acciones combinadas, Levene comenzaba a proyectar su obra de compilación sobre la historia de la provincia, para lo cual –en forma similar a lo que paralelamente hacía con la historia de la nación– solicitaba apoyo institucional y financiero, en este caso al gobernador de la provincia, Manuel Fresco. De él obtiene un apoyo entusiasta para la iniciativa y, por decreto provincial de 1937, una asignación de 12.000 pesos del presupuesto provincial –mayormente para remuneración de los colaboradores– junto al compromiso de publicación por parte de los talleres de impresiones oficiales de la provincia y de promoción y difusión por la Dirección General de Escuelas. El grupo de autores que Levene había convocado para la tarea incluía a Antonio Salvadores, Roberto Marfany, Enrique Barba, Juan F. de Lázaro y Guillermina Sors de Tricerri, todos ellos discípulos y colaboradores de Levene en sus distintos ámbitos de influencia del archivo provincial, la Facultad de Humanidades y el Centro de Estudios Históricos platenses.

Tres años después, en 1940, aparecía el primer volumen de la obra, que subtítulo “Síntesis sobre la historia de la provincia de Buenos Aires (desde los orígenes hasta 1910)”, en la que Levene combinaba trabajos previos –v. g. sobre la economía colonial– con otros escritos *ad hoc* por él y sus colaboradores en la tarea. Sus 550 páginas comienzan con una “introducción geográfica” a cargo de Enrique Barba y se concentran luego fuertemente –en línea con los intereses historiográficos de la Nueva Escuela– en la época colonial (los siguientes once capítulos) y en la primera década independiente hasta el advenimiento de Rosas (cinco capítulos), siendo los restantes sobre “la tiranía” (cuatro capítulos), la provincia después de Caseros y la federalización de Buenos Aires, para terminar con un inventario de “los gobernadores de la provincia hasta 1910”.

Desde el punto de vista metodológico, la obra tenía la impronta de la Nueva Escuela, con su obsesión por una reconstrucción fidedigna y objetiva de los hechos del pasado aferrada a una rigurosa crítica documental debidamente despojada de la contaminación de ideologías, interpretaciones y sesgos. Predominan entonces los relatos descriptivos y minuciosos de los acontecimientos, las acciones de gobierno de virreyes y gobernadores, con gran profusión de reproducciones de documentos, mapas, fotos e ilustraciones que se exhiben como garantía de seriedad y rigurosidad científica.

Al año siguiente apareció el segundo volumen, de 700 páginas, enteramente dedicado a reseñas descriptivas de cada uno de los 110 partidos de la provincia (organizadas todas simétricamente en “aspectos” políticos, económicos y “religioso-culturales”), en el que se incluyen mapas, planos, fotos y reproducciones de documentos (de fundación de pueblos, concesiones de tierras, etc.) que eran fruto de la sistemática tarea de recopilación de fuentes del mismo Archivo de La Plata.

Pero el proyecto de Levene de reconstrucción del pasado provincial no se detuvo con la publicación de la obra de 1940. Por un lado, la serie “Contribución a una historia de los pueblos...” siguió publicando monografías sobre partidos y diversas localidades –aparece una docena de libros más en esa serie, entre 1942 y la muerte de Levene–, mientras que los “concursos” también prosiguen, con nuevas ediciones en 1947 y 1950. Esta última se había realizado en el marco de una nueva iniciativa de Levene, que sería complementaria de las anteriores y estaría destinada a perdurar. Se trata de los congresos de historia de los pueblos, que se inauguran con el rimbombante de 1950, organizado con apoyo de las autoridades nacionales y provinciales en ocasión de las celebraciones mayores del año del Libertador San Martín.

El congreso –que se llevó a cabo en la ciudad de La Plata entre el 25 y el 28 de septiembre de 1950 y fue un verdadero suceso, con la participación de autoridades provinciales y nacionales y delegaciones de 112 pueblos de la provincia– volcó sus resultados en tres gruesos volúmenes, publicados por la imprenta oficial de la provincia entre 1951 y 1952, en los que se reproducían las actas y ponencias, las disertaciones o comunicaciones científicas y las principales monografías históricas presentadas, junto a un inventario exhaustivo de fichas documentales y bibliográficas de diferentes partidos, así como una galería de retratos de sus fundadores.

En dichos congresos se perpetúa el proyecto original de Levene hasta el día de hoy. La segunda edición –luego de un *impasse* marcado por su muerte en 1959– fue en 1972 en la ciudad de Tandil y desde entonces siguieron celebrándose, al igual que antes, desde la dirección del Archivo y con la participación de archivos y otras instituciones de las distintas localidades de la provincia en los que tenían lugar. El espíritu de estos congresos sigue siendo el que le imprimió Levene al primero –reuniones que congregan tanto a historiadores universitarios, sobre to-